

BRUJAS Y SERES MÁGICOS DE ARAGÓN

WITCHES AND MAGICAL BEINGS OF ARAGON

José Antonio Adell Castán y Celedonio García Rodríguez
Escritores. Facultad de Ciencias de la Salud y Deportes de Huesca

RESUMEN

Un recorrido alrededor de las historias de brujas y seres mágicos de Aragón, así como por la toponimia de la zona.

Palabras clave: Brujas, duendes, toponimia aragonesa.

ABSTRACT

A look at the stories of witches and magical beings of Aragon, as well as the names of the area.

Key words: Witches, Goblins, Toponymy in Aragon.

SUMARIO:

– Brujas .– Brujas por el Pirineo .– Brujas por el Somontano y Hoya .– Brujas por la tierra llana .– Las brujas en Teruel .– Brujas zaragozanas .– Historias de brujas .– Los jorobados. – Las eras de Tolosa. – El zapatero en el aquelarre. – El gato y la mula. – La noche de la bruja. – Las brujas de Trasmoz. – La tía Catalina. – Las brujas de Calatayud. – La bruja de Velilla de Ebro. – Moricas y encantarias. – Gigantes y «omes grandizos». – El Sacamantecas y otros seres pavorosos que asustan a los niños. – Duendes. – Los diablillos o «diapllerons». – Sierpes. – Fantasmas.

Escribir sobre mitología, brujas, diablos, fantasmas, duendes, ánimas, gigantes, cuevas, supersticiones..., es tratar de todo aquello que, a veces, se nos escapa de una explicación racional. A la vez, nos internamos en un mundo misterioso por el que sentimos cierto temor y, al mismo tiempo, interés por el halo mágico que rodea la materia.

En el terreno de la cultura tradicional se mueven muchos de los pareceres o afirmaciones que en estos temas se vierten. Existen opiniones divergentes, abarcando desde los supersticiosos a los más incrédulos. Sin embargo existen hechos curiosos, como el de un científico gallego al afirmar en uno de sus libros que la Santa Campaña (cortejo fúnebre que aparece de noche por los caminos de Galicia) no es una fantasía de la mente sino algo que realmente existe y a la que todo ser humano teme en lo más profundo. Opiniones como ésta de un prestigioso científico no deja de sorprendernos.

A pesar de cierto escepticismo, no podemos olvidar que en nuestra comunidad encontramos una variada fauna de duendes, brujas, «encantarias», hadas, princesas moras, fantasmas, diablos, «diapllerons», etc. De ellos saben mucho en nuestros pueblos y también se ha escrito en artículos y publicaciones. Curiosamente muchos de estos seres corresponden al género femenino.

Brujas

La toponimia dedicada a las «brujas» es amplia, parece que las había en todos los lugares. Los espantabrujas de los pueblos pirenaicos son bien significativos del temor que suscitaba sólo oír el nombre de las «bruxas».

En nuestro recorrido, nos encontraremos con pobres mujeres que fueron acusadas de brujas en diferentes momentos históricos: Dominica la Coja de Pozán, la vieja Narbona de Cengarbe, Margarita Escuder, Juana Bardají de Tamarite, Águeda Cisneros de Tarazona, «Las Galgas» y la «Tía Casca» de Trasmoz, Catalina García de Peñarroya de Tastavins, Marta Morera de Monroyo... Y otras brujas más populares, que realmente no se sabe si llegaron a existir: La bruja Cristineta de Alcolea, Urganda de Fraga, la Canudeta o la Guinsa de Albelda.

Brujas por el Pirineo

En Echo existe la «Cueva de las Brujas» y hasta el grupo folklórico de esta población tiene un baile alusivo a esta temática. «La Cresta» y «Era de las Brujas» están en Castiello. La «Cueva de las Guixas» era el Zugarramurdi aragonés. Cerca de allí, en Cengarbe, se procesó

a la Vieja Narbona, acusada de «bruxa, pozonyera, nigromanta, fetillera y por tal havida, nombrada y reputada», según ha estudiado Carmen Espada.

En el Serrablo, en Tramacastilla hay un «Bosque de las Brujas», en Gavín la «Caseta de las Brujas», que también existe en Aquilué y en Nocito, y en Ibirque es la «Caseta de la Bruja», en singular. El topónimo «Las Brujas» se encuentra en Aineto.

En Biescas, junto al barranco de Aratiecho, existe una caseta llamada «de las Brujas». De Biescas era la bruja Maut, que dicen hacía ladrar a las personas como a los perros. En esta localidad, un sastre que se encontró en la reunión del aquelarre, cuando vio a las brujas pasar a realizar el ósculo anal al diablo, aparecido en forma de macho cabrío, sacó su punzón y le pinchó. La segunda vez que volvieron a pasar, cuando le tocó el turno al sastre, el diablo se volvió y le dijo:

Tú pasa, pero no beses.

Las mujeres hechizadas por Pedro Arruebo en el siglo XVII, que ladraban como perros, es otro episodio histórico de esta zona estudiado por Ángel Gari. En Tramacastilla y Sandiniés se contabilizaron sesenta y dos casos, en cinco años, de mujeres poseídas por el demonio que dominaban idiomas extraños, que volaban y adivinaban.

En el Sobrarbe tenemos el «Forato d'as Bruixas» en Morcat o la «Cueva de las Brujas» en Sarsa de Surta. No olvidemos que el dolmen de Tella era un punto de reunión de las brujas. También tenía fama brujeril el pueblo de Tella, circunstancia que han aprovechado muy bien para instalar allí un museo que recoge esta temática y otras similares. Existe una «danza de las brujas» recogida en Tella. En Aínsa encontramos el «Tozal de las Brujas», que aparece igualmente en Buis. En Labuerda y Arro tenemos la «Caseta de las brujas».

En Plan está la «Peña de la Bruja». Si alguna mujer quiere ser bruja tiene que pasar su prueba. El día de Nochebuena, a las doce de la noche, debe acudir sola a este lugar, con los ojos que habrá arrancado a un gato negro, y al oír las campanadas de las doce destapará los ojos del gato. Luego deberá aguantar durante una hora en el lugar, pues ya se sabe:

De las doce a la una,
corre la mala fortuna.

En la Ribagorza las brujas se reunían en el Turbón y en el Cotiella. Allí encontramos la «Font de las Bruixas» y la «Casa de las Bruixas», rocas donde celebraban los aquelarres. Antes de iniciar su vuelo gritaban de forma desgarrada. La del Turbón debió ser una reunión

de las más importantes, pues no olvidemos que a veces se veía a las brujas tirar de las nubes para provocar las tormentas:

En el Turbón, las brujas tienden su ropa al sol.

En Laspaúles, Domingo Subías puede enseñar la documentación que halló en el templo sobre condenas a mujeres de la población. En 1593 fueron quemadas en la hoguera o ejecutadas en la horca veinticuatro mujeres, acusadas de brujería.

Otros lugares de la comarca son la «Cueva de las Brujas de Juseu» o la de «Mongay», y la «Placeta» y «Caseta de la de la Bruja» en Tolva. También el emblemático monte Cotiella tiene «Ereta de la Bruja».

Brujas por el Somontano y Hoya

En las proximidades de la capital oscense, abundan, asimismo, topónimos brujeriles. En Ayerbe es el «Callizo de las Brujas». Cerca de aquí, aunque en la provincia de Zaragoza, están la «Peña de la Bruja» de Biel y el «Cerro de las Brujas» de Fuencalderas. El «Casetón de la Bruja» aparece en las proximidades de Belillas y el «Carrascal de las Brujas» en Alcalá de Gurrea. En Tramaced encontramos la «Peña de las Brujas». En Sesa hubo un proceso de brujería en el año 1603 contra Isabel Alastruey.

No olvidemos que en Loporzano, en el año 1579, el Concejo condenó las actividades de ciertas personas de la población, de los «traydores, ladrones, bruxones y bruxas».

En el Somontano barbastrense, existe el «Barranco de las Brujas» en Naval y Hoz, la «Senda de las Brujas» en Castejón del Puente y el «Peñón de las Brujas» en Salas Altas. Dicen que en este lugar, se desnudaban, se colocaban unas alas y se convertían en gatos, y en la era de Juanvilla bailaban acompañadas del repiquetear de sartenes.

Otros puntos de reunión eran el Puntón de Asba, en la Sierra de Guara, y las Cuevas de Solencio de Bastarás. Alberuela de Laliena aparece asimismo documentado como lugar de aquelarres. Lecina era otro pueblo con fama de brujas; por este motivo, se conocía a esta población como el pueblo de las brujas.

La historia del arriero de Las Almunias se cuenta en varios lugares. Una noche oyó a las brujas y vio que se untaban con ungüentos y salían volando tras realizar el siguiente conjuro:

Por encima de rama y hoja,
a las eras de Tolosa.

El arriero recogió el ungüento, que se habían olvidado las brujas, y realizó el conjuro, pero erró en el comienzo:

Entre rama y hoja,
a las eras de Tolosa.

Realizó el vuelo, efectivamente, entre las ramas y las hojas de los árboles, y llegó al aquelarre lleno de magulladuras.

A las eras de Tolosa también iba Dominica, la Coja de Pozán, y sus amigas, Gracia, la Nadala, y Benedeta, la Piquera, en la primera mitad del siglo XV. Para volar, tras untarse los sobacos con ungüentos, recitaban la siguiente fórmula:

Fulla sobre fulla,
a las eras de Tolosa
sea lugo allá.

Brujas por la tierra llana

Otros lugares de la ribera del Cinca nos recuerdan su presencia; en Binaced está el «Tozal de la Bruja» y en Ontiñena el «Aventador de la Bruja» o la «Placeta de la Bruja».

En Alcolea vivía la bruja Cristineta, que era algo despistada. Un día la vieron volando por encima de las ripas con su escoba, algo que no pudo conseguir Pedro Saputo, a pesar de la gente que congregó.

Se cuenta que un hombre, un tal Nazario, quiso volar, igual que lo hacía Cristineta. La bruja le había advertido que no nombrara a Dios, puesto que ella volaba gracias al poder del diablo. Nazario se tiró al mismo tiempo que Cristineta, pero tuvo miedo y exclamó:

—¡Ay, Dios mío!

Al nombrar a Dios cayó; pero aún tuvo suerte, que pudo contarlo. Al día siguiente apareció cojo, y así vivió para siempre.

En el castillo de Fraga habitaba Urganda. Esta mujer podía transformarse en una bella dama o en una horrible bestia. Dice la leyenda que se le apareció al mismísimo Don

Carlos, príncipe de Viana, estando preso en la cárcel del castillo. Le dio un bebedizo gracias al cual pudo escapar.

Por la Litera, en Tamarite aparece el «Balcón» y la «Plaza de las Brujas»; en Binéfar, la «Acequia» y el «Camino de las Brujas»; en Camporrells, la «Caseta de la Bruja», y, en Azanuy, la «Roca de las Brujas».

En los aquelarres de Tamarite se renegaba de Dios y se prometía obediencia al diablo. Juana Bardají y Margarita Escuder lograron salvar su vida y pasaron a las cárceles de la Inquisición; sin embargo, siete mujeres de la población murieron ahorcadas por la justicia ordinaria en el año 1656.

Albelda era otra de las poblaciones de aquelarres. Los puntos de reunión de las brujas eran la Aireta y les Santes Creus. El nombre de Santes Creus puede ser una cristianización del lugar donde se cree que se reunían los brujos, uno de los cuales levantó en una sola noche un gran muro de piedras. En un sabat lograron que se abriera la tierra al sonar la primera campanada, pero al oírse la última se volvió a cerrar. Dos brujas fueron famosas: la Guinsa y la Canudeta. Esta última siempre se retrasaba en las reuniones. Cuando en Albelda alguien llega tarde a los sitios aún se dice:

Totes i están y la Canudeta i falte.

Las brujas en Teruel

La reminiscencia de las brujas también permanece por la geografía turolense. La población de Jabaloyas se conoce con el sobrenombre de «Pueblo de las Brujas»; está situada junto al mítico pico de Jabalón, del que se dice que esta totalmente hueco y oculta toda una ciudad en su interior. Se cuentan relatos sobre brujas y relacionados con aquelarres, como el que narra Antonio Beltrán: Si alguien presenciaba un aquelarre y acertaba a poner una cruz hecha con dos ramitas de ruda sobre las ropas de una bruja, ésta le concedía todo lo que pidiera.

Cerca de Cantavieja existe la «Cueva de las Brujas», gruta que atesora numerosas historias y leyendas, y centro de reunión de brujas para celebrar el aquelarre.

Otro punto de reunión brujeril, donde las brujas acudían para danzar en torno al macho cabrío, era el monte Tolocha, en Calanda. También la montaña La Caixa, en Valderrobres, era un lugar donde se gestaban catastróficas tormentas, al tiempo que aparecía el diablo tocando un tambor y expulsando rayos.

En Alcañiz encontramos la «Ereta de la Bruja», lugar en el que se quemaban a los herejes, o la Casa del Barón, donde vivía un misterioso hombre con fama de brujo y nigromante.

También hubo mujeres que sufrieron procesos de brujería y hechicería, como el que soportó Catalina García en Peñarroya de Tastavíns, en el año 1591. En la misma población se incoaron otros procedimientos contra Bárbara Bonfill y Bárbara Blanc. En 1648 la persecución de la Inquisición implicó, igualmente, a Marta Morera, una mujer de Monroyo acusada de bruja.

Brujas zaragozanas

Por la provincia de Zaragoza, no encontramos tantos topónimos que recuerden la presencia de las brujas. No obstante, su presencia se dejó notar en algunos sitios, incluso el mausoleo de Fabara fue considerado como caseta de brujas.

Albeta se conoce como el «pueblo de las brujas» no porque haya entre sus vecinos, sino porque su Virgen del Rosario tenía fama de conjurar a endemoniadas y endemoniados.

En Sos del Rey Católico existe el «Barranco de las Brujas» y en Tiermas encontramos la «Torre de las Brujas»; ya hemos citado la «Peña de la Bruja de Biel» y el «Cerro de las Brujas» de Fuencalderas.

Según nos relata M^{ra} Victoria Barra, en Torralba de los Frailes las brujas frecuentaron ciertos parajes en tiempos pasados. En los alrededores del pueblo y cerca de las hoces del río Piedra hay una roca que se denomina «Piedra de las Brujas»; en este lugar las brujas salían por la noche a bailar con los lobos, mientras que por el día se escondían en las hoces del río. También se cuenta que un señor del pueblo llegó a hablar con una de ellas. Todavía se conservan ruinas que se conocen como las viviendas de las brujas, y otros restos, como una piedra grande y redonda, utilizada para picar el tabaco, que guardan relación con las brujas.

Uno de los lugares que más se ha relacionado con las brujas es Trasmoz. Más adelante veremos la leyenda de la «Tía Casca» y el ambiente mágico de la comarca, especialmente del Monasterio de Veruela, que impregnó a los residentes que ocuparon sus celdas.

Otro lugar con fama de aquelarres y reuniones maléficas era la laguna de Gallocanta. Alberto Serrano recoge la historia de un diablo que mandaba a las brujas de Castilla a que se bañaran en las aguas de Gallocanta, cosa que hacían desnudas.

Durante los siglos XV y XVI hubo diversos procesos de brujería en Aragón. En 1500 fueron quemadas en Zaragoza tres mujeres acusadas de brujas. Hubo otras muchas causas

contra mujeres por brujería y hombres acusados de hechiceros. No es extraño que en los primeros años del siglo XVI ya circulase la obra del darocense Pedro Ciruelo titulada *Tratado en el qual se reprovevan todas las supersticiones y hechicerías*.

A finales del siglo XVI se tomaron medidas contra la brujería en Tarazona y también por esta época se documenta un aquelarre en Gotor.

En Tarazona, según Ángel Gari, en la primera mitad del siglo XVII vivió Catalina de Bargas y Águeda Cisneros. Catalina fue acusada de hacer magia amorosa, deshacer hechizos y fabricar pócimas. Algunos poderes de Águeda Cisneros consistían en coger los rayos del sol con la ropa tendida, dar mal de ojo, anunciar tormentas, pronunciar conjuros o hacer y deshacer maleficios.

En este siglo también florecieron toda clase de supersticiones por tierras del Jalón, que perduraron hasta el siglo XX, tal como veremos con los «endemoniados» que acudían al Cristo de Calatorao.

Los procesos contra la brujería en Zaragoza fueron abundantes. Incluso Goya presenció uno de ellos, el de Orosia Moreno, «que sabía hacer ratones», según podemos ver en uno de sus dibujos.

Historias de brujas

A finales del siglo XIX, gran parte de la población, especialmente, del Pirineo español y francés, todavía conservaba fuertes creencias vinculadas con la superstición y lo misterioso. Esto se daba principalmente entre las mujeres, menos instruidas intelectualmente.

En este ambiente, la «bruja» inspiraba un sentimiento general de terror y espanto. Era mucho peor que un demonio, era una persona marcada por la reprobación desde su nacimiento, que ni siquiera se purificaba con el bautismo. Además, su padrino y madrina la habían consagrado al diablo, con quien compartía una parte de su poder.

Por lo tanto, la bruja empleaba su poder sólo para sembrar el mal o para atormentar a sus vecinos: Podía transformarse en vapor, en agua, en perro, en gato... Muchas personas la habían visto bajo esas apariencias y ni siquiera podían refugiarse en sus casas porque la bruja se deslizaba por un agujero de cerradura tan fácilmente como si tuviera la anchura de un arco de triunfo. Atravesaba incluso las murallas, y, era tan veloz que podía recorrer cien leguas en menos de media hora.

Si era mujer, traía al mundo repugnantes reptiles y todos sus deseos se cumplían. Ella tenía la culpa de todas las enfermedades resistentes al recurso de la medicina, de las pesadillas, del sonambulismo, de la epilepsia... Incluso, quienes padecían esas terribles

dolencias enseñaban las contusiones, los arañazos y las mordeduras que se hacían durante los ataques nocturnos. Eran como estigmas terroríficos, debidos a la influencia ejercida por la bruja sobre su víctima. De esta manera, aumentaba la creencia de la gente, que no podían resistir frente a pruebas tan convincentes.

Este ambiente era propicio para que las leyendas e historias de brujas circularan entre las gentes, y también para que las brujas se convirtieran en personajes ficticios de los cuentos.

Los jorobados

Quizá el cuento del que más variantes se han escrito sea el de «Los jorobados» o de «Las brujas y el cheposo». Podemos encontrar versiones diferentes extendidas por Aragón, en otros puntos de España y en otras culturas. Violant i Simorra recogió esta popular leyenda en la localidad leridana de Sarroca de Bellera.

Según esta versión, un giboso oyó una noche grandes risotadas y voces que cantaban:

Lunes, martes,
miércoles, tres;
jueves, viernes,
sábado, seis.

Levantó la vista y sin fijarse en que la voz venía de un grupo de brujas que iban volando camino del aquelarre, creyendo que se les olvidaba contar un día de la semana, contestó:

¡Y domingo, siete!

Al oír las brujas el día fatídico para ellas, se lo llevaron al aquelarre. Allí le pegaron un puñetazo todas a la vez en la joroba, gracias a lo cual le desapareció, y después lo dejaron ir.

El jorobado, contentísimo, explicó lo sucedido a un amigo, también giboso. Éste esperó el paso de las brujas, hasta que una noche oyó la cancioncilla tan popular entre las brujas.

El jorobado levantó la cabeza y contestó:

¡Y domingo, siete!

Las brujas lo cogieron y se lo llevaron al aquelarre; también, como al primero, le dieron un puñetazo, pero en el pecho, dejándolo giboso de delante.

Violant y Simorra recogió otra variante de esta leyenda en el País Vasco, pero el protagonista era un aspirante a brujo.

Paz Navarro relataba un cuento similar, titulado «El jorobado de Ródenas», procedente de la comarca de Albarracín:

Érase un pastor del señorito de Ródenas, jorobado y maltrecho, que acostumbraba a invocar la presencia de las brujas cada noche, mientras se preparaba la cena en el fuego. Una noche de invierno las brujas bajaron por los llares de la chimenea cantando:

Lunes, martes y miércoles, tres;
lunes, martes y miércoles tres.

Tras repetir varias noches esta escena, un día el jorobado se decidió a cantarles:

Jueves y viernes y sábado seis.

Las brujas, contentas por aprender tres días más de la semana, le concedieron una gracia y el pastor pidió que le quitaran la chepa.

A los pocos días contó lo sucedido a un amigo, un tanto avaro y codicioso. Éste le reprochó que hubiera pedido tan poco, puesto que hubiera podido obtener dinero, oro y otras riquezas.

El amigo le cambió la faena por unos días, invocando como hizo el jorobado a las brujas, que no tardaron en bajar cantando:

Lunes, martes y miércoles, tres;
jueves y viernes y sábado seis.

Y él añadió todo confiado:

Y domingo siete.

Las brujas, que no querían oír mencionar ningún día festivo, enfadadas, declararon:

Que la chepa del otro se la pongamos a éste.

Chema Gutiérrez recoge el cuento de los jorobados según la versión de Paz Navarro, pero poniendo como segundo protagonista a otro jorobado, al que las brujas castigan colocándole una segunda joroba.

Este cuento ya lo narraba Romualdo Nogués a finales del siglo XIX. Otras versiones han sido recogidas por Ángel Gari, en Tella; Eduardo Vicente de Vera, con «La plazeta de las brujas», en Naval, o Carmen Ezpeleta en Las Parras.

Las eras de Tolosa

Otro relatos con muchas variantes es el que recoge Ángel Gari haciendo referencia a las famosas eras de Tolosa, ya mencionado anteriormente.

Herminio Lafoz recogió en Olsón un relato que presenta significativas variantes. Las brujas, desnudas, se untaban el cuerpo y decían:

Por las montañas de Ricallosa, a Tolosa;
ir y volver en tres cuartos de hora.

Un hombre que estaba escuchando modificó la fórmula a su conveniencia para regresar a tiempo y proteger a un niño recién nacido, al que las brujas iban a dar el mal, y dijo:

... ir y volver en un cuarto de hora.

El zapatero en el aquelarre

También es muy popular el relato del zapatero en el aquelarre. Un zapatero, disfrazado de bruja, llega a un aquelarre siendo presentado como nueva bruja. Al pasar a besar el culo al diablo le clava una lezna. El diablo le prohíbe volver a pasar creyendo que le pincha con el bigote.

En la comarca del Moncayo esta historia se conoce como «El zapatero de Añón» y se mezclan aspectos de otras leyendas muy divulgadas.

Según el argumento que nos narraba Mercedes Vidal, un zapatero expiaba a una bruja mientras untaba una escoba, recitando la siguiente fórmula:

Unta por aquí, unta por allá,
a la era del diablo me llevarás.

Una vez que sale la bruja en su escoba, el zapatero entra en la casa, se disfraza de mujer y repite las mismas palabras, apareciendo en el aquelarre de Trasmoz. En el aquelarre las mujeres iban pasando a besar el culo del diablo, mientras cantaban y bailaban recitando la siguiente cancioncilla:

Lunes, martes y miércoles tres;
jueves, viernes y sábado seis.

El zapatero, al besar el culo del diablo, le pincha y éste le dice:

¡Esa bruja del bigote, que se largue!

En Borja el protagonista de esta historia es el «Tío Cerote». Las brujas, tras untarse el cuerpo, salieron por la chimenea repitiendo la misma formulilla que veíamos en el arriero de Las Almunias.

El desgraciado Cerote llegó al aquelarre destrozado por los arañazos. Alrededor del diablo, en forma de cabrón, bailaban todas las brujas al tiempo que le besaban debajo de la cola. El tío Cerote, al pasar a besar, le pinchó con una lezna. Cuando volvió a pasar, antes de besar, el diablo le dijo:

– Tío Cerote, antes aféitese el bigote.

El gato y la mula

Una de las historias de brujas más difundida por el Alto Aragón es la de la abuela que mata la mejor mula de la casa durante la misa del gallo.

Este hecho tenía lugar cada año en la casa más rica de la población. Para descubrir la razón, una noche las vigiló un criado y vio que un gato andaba por el lomo de las mulas, y que hablaba con una de ellas diciéndole que debía matarla a su pesar.

El criado golpeó al gato, aunque logró huir. A la mañana siguiente la abuela apareció con heridas producidas por el golpe del criado. Así se descubrió que la abuela de la casa era la que se transformaba en gato para matar a la mula.

En otras versiones las mulas atacan a cerdos o vacas, y, a veces la vieja se transforma en ratón o en rata.

La noche de la bruja

Según una leyenda publicada en 1906 por Manuel Fox, la víspera de San Antón se repetía cada año, en un pueblo del Bajo Aragón, un festejo en el que se quemaba una bruja en la hoguera.

En este incógnito lugar (quizá también en otros lugares de la comarca) arrojaban a la hoguera un muñeco figurando una mujer con una escoba al hombro, mientras hombres, chicos y mujeres gritaban: «¡A quemar a la bruja!».

Manuel Fox señalaba que una vez, «hace veinte años», se dejó de celebrar esta ceremonia popular y la bruja causó grandes infortunios y desgracias: diezmó los ganados, secó las cosechas, trajo grandes sequías y arrojó el cólera a sus habitantes (la fecha coincide con la epidemia de cólera de 1885).

Esta tradición tiene su origen en una antigua leyenda, «de cuando los judíos aún estaban en España». Una noche varios titiriteros ambulantes dejaron abandonada una niña de doce meses. Un pobre viejo de la pequeña aldea la recogió y la dio a criar, ahijándola desde aquel momento. A los diez años la niña, de horribles facciones, comenzó a mostrar instintos diabólicos. Cuando tenía veinte años empezó a demostrar facultades extraordinarias: «domesticaba perros, gatos, gallinas y otros animales, obligándoles a hacer mil extravagantes danzas y contorsiones, envenenando los del vecino con hierbas recogidas en el campo, y haciendo otras veces curas prodigiosas, con emplastos y exorcismos sólo por ella conocidos».

El pobre hombre que había adoptado a la niña murió en su casa sin ninguna asistencia, porque los vecinos no se atrevían a pisar los umbrales de la vivienda por temor de la joven hechicera, como la llamaban en el pueblo. Se rumoreaba que el anciano había muerto envenenado por su hija.

La autoridad prendió y encarceló a la mujer y a los pocos días la principal autoridad del pueblo enfermó y murió. Este hecho sembró la alarma en el lugar y ya nadie dudó de su poder maligno; los demás, temerosos la dejaron en libertad.

Desde aquel día la muchacha se aisló por completo, viviendo sola; al oscurecer salía al campo volviendo a su casa de noche. Eran frecuentes los gritos lastimeros y los ruidos extraños, causando espanto y miedo general en todo el pueblo, donde se la conocía con el nombre de la «Hija del diablo» o la «Bruja de la Cueva».

Sus profecías siempre se cumplían y sus curas y emplastos surtían el mismo efecto que la del más hábil cirujano. El único animal sobre el que nunca pudo tener dominio, fue el burro; un día al intentar amaestrarlo le dio una coza, pisoteándola y mordiéndola, de cuyo accidente quedó coja, aumentándose con esto su espantosa fealdad. Por este motivo los vecinos del pueblo ponían en el interior de la chimenea la osamenta de una cabeza de asno, como medio de defenderse para que no pudiera entrar la bruja por la noche en sus viviendas.

Sucedió que el mozo más arrogante del lugar e hijo del mejor propietario cayó enfermo, sin que los médicos ni curanderos pudieran remediar su mal. Sus padres, acongojados y llenos de miedo, acudieron llorando a la bruja, ofreciéndole riquezas, si salvaba a su hijo, que se temía estuviese endemoniado por la diabólica mujer.

Ésta se presentó en la habitación del paciente, le aplicó varios ungüentos, le dio algunas fricciones por la espalda, pecho y vientre, y quemó unos polvos que produjeron fugaces llamaradas como la pólvora encendida, al mismo tiempo que mascullaba palabras raras en medio de gesticulaciones extrañas y horripilantes.

A los tres días comenzó la mejoría del enfermo y dos semanas después ya salía de su casa. Como precio de sus cuidados, la bruja solicitó casarse con el muchacho curado, causando esta petición un gran asombro y estupor en el pueblo.

La familia del curado y éste rechazaron, llenos de espanto tal demanda, ofreciéndola en cambio el dinero que pidiese. La enamorada no era vieja, tendría unos treinta años, pero su fealdad, su cojera y sus arrugadas facciones le daban el aspecto de una mujer de cincuenta a sesenta años.

Además, el asustado galán iba a casarse con la moza más rica y guapa del lugar. Desde entonces no había día que a la caída de la tarde no se encontrase con la endiablada curandera, insistiendo con súplicas y demostraciones cariñosas en sus peticiones matrimoniales. La bruja estaba locamente enamorada de aquel pobre muchacho.

Un día el mozo la amenazó si volvía a encontrársela en su camino y la mujer, convencida de la inutilidad de sus pretensiones, huyó por entre unos peñascales lanzando horribles maldiciones.

Era la víspera de San Antón, y siguiendo la costumbre de todos los pueblos, el vecindario preparaba el, en medio de la plaza, la monumental hoguera en honor al Santo. Aquel año, la noticia de que la novia del mozo curado por la bruja acababa de morir, a consecuencia de una inesperada y rápida enfermedad, ensombreció la alegría de siempre.

Se había cumplido la venganza de la hechicera.

El mozo, al salir de casa de la enferma y ver a la hechicera, quiso vengarse y lleno de coraje la cogió entre sus brazos y la arrojó a la hoguera.

De poco sirvieron los ruegos y súplicas de la mujer, manifestando que no era bruja ni hija del demonio y declarándose ajena a la muerte de su novia y de las desgracias que afligían al pueblo.

Desde entonces, todos los años, la víspera de San Antón, al sonar las seis de la tarde en el campanario del pueblo, la bruja cruza el espacio y se la oye chillar entre el silbido del viento y el lúgubre graznido del búho y de la lechuza, conservándose el ritual de quemar la bruja.

Las brujas de Trasmoz

El lugar más afamado de la comarca del Moncayo, en relación con la existencia de brujas y aquelarres, es Trasmoz. En su castillo se celebraban, según tradición popular, frecuentes aquelarres y en la población habitaron algunas brujas que se hicieron muy populares gracias a Gustavo Adolfo Bécquer: Dorotea, la «Tía Casca» o «Las Galgas».

Gustavo Adolfo Bécquer escribió una serie de artículos epistolares («Cartas desde mi celda») relatando la historia de la «tía Casca», una famosa bruja de Trasmoz que, al parecer, existió en la realidad.

La «tía Casca» fue despeñada por los del lugar a mediados del siglo XIX; era una bruja de greñas blancas enredadas alrededor de su frente como culebras, de cuerpo encorvado y brazos disformes, a la que las gentes del lugar le atribuían todo género de males. Los mozos la persiguieron con piedras, garrotes y cuchillos hasta el borde de un precipicio.

Uno la acusaba de dar mal a su mulo, provocándole la muerte al quitarle las ganas de comer, dejándolo en la miseria; otro de hacer mal de ojo a su hijo, sacándolo de la cuna y azotándolo por las noches; también la acusaban de hacer una suerte a una chica, de ligar a otra, de emponzoñar la hierba y, en definitiva, de embrujar al pueblo entero.

Nuestros esfuerzos por localizar ese hecho «verídico» han sido, por el momento, infructuosos; sin embargo, hemos encontrado otros datos relacionados con el Monasterio de Veruela, lugar de residencia de Gustavo y de su hermano Valeriano.

El enigmático Monasterio de Veruela y sus alrededores también cautivaron y sedujeron con estos temas a los antecesores de los hermanos Bécquer. Una muestra de lo dicho son las impresiones del viaje de Ignacio Valiente, redactor de *El Diario de Zaragoza*, que se desplazó al Moncayo para contemplar un eclipse de sol que hubo el 18 de julio de 1860. Ignacio describía las escenas de las pinturas de su celda en el Monasterio de Veruela, donde se alojaba: «Vestiglos (monstruos), diablos cabalgando en grandes escobas, amorosas escenas, calaveras descarnadas y Venus saliendo del baño, trazado todo con carbón sobre la blanca pared, pero con mano maestra y segura, demuestran que mi último antecesor en esta celda ha sido un pintor de genio alegre y vario, de humor tan diferente como la atmósfera que nos rodea, y que siempre se dejaba llevar de su primera inspiración».

La tía Catalina

En 1899 Wanderer recorrió los mismos escenarios por los que Gustavo Adolfo Bécquer había transitado durante su estancia en Veruela, y hasta consiguió fotografiar a

La Galga. Sus impresiones las plasmó en un artículo titulado «El castillo de Trasmoz y las brujas», publicado en la revista *Alrededor del Mundo*.

A Wanderer también le hablaron de la tía Catalina, una afamadísima bruja de Santa Cruz de Moncayo que declaraba públicamente su profesión. Poco antes de morir se arrepintió y confesó que ella había desenterrado el cadáver de su nieto, le había abierto el cráneo y le había sacado los sesos, hecho por el cual habían sido encausados otros vecinos del pueblo. Dijo que quería los sesos para juntarlos en un puchero, con clara de huevo. Según la receta del unto, sobre la mezcla echaba el veneno que sacaba de un sapo, estrujándole; el unto quedaba confeccionado después se cocer todo y de romper el cacharro, de forma similar a como lo confeccionaban las brujas de Zugarramurdi.

El seso del niño representaba la inocencia y servía para coger por la inocencia; la clara de huevo era para volar, y el veneno del sapo para hacer mal.

Las brujas de Calatayud

Abandonamos la leyenda para introducirnos en otras historias con visos reales, que acontecieron a finales del siglo XIX y principios del XX.

Un caso curioso de brujería ocurrió en Calatayud en 1893. Se decía que en esta ciudad existía una sociedad de «curanderas reveladoras» que tenían organizada una fructífera industria. Con sus pláticas hacían creer a los incautos que hablaban con sus parientes difuntos y averiguaban su «ubicación» en el otro mundo; si estaban o no sentados a la diestra de Dios padre, o si, por el contrario, habían ido a las calderas a pulgar sus debilidades.

También sacaban los enemigos, obteniendo por estas operaciones sus correspondientes honorarios. Pero el negocio de las «curanderas bilbilitanas» duró poco tiempo y acabaron en la cárcel, al ser sorprendidas por el alcalde mientras trabajaban en uno de sus asuntos.

Hacía tiempo que Julio Larpa, vecino de la calle de Soria de esta ciudad, se hallaba gravemente enfermo con una afección al estómago. Para curarse llamó a una de las curanderas, Cipriana Calvo Pellejero, que tenía un líquido misterioso con el que curaba todas las enfermedades.

Visitó Cipriana al enfermo, le tomó el pulso, le abrió los ojos y prometió curarle, exigiendo como retribución seis pesetas, doce huevos y dos velas. Hecho el trato, Cipriana dio a Larpa seis botellas de un líquido maravilloso, que no dio resultado.

Pasados unos días, Cipriana dijo que no podía curar al enfermo porque estaba «embrujaado», en vista de lo cual se llamó a Teresa Melus (a) la «Cipota», que prometió curar a Larpa si la acogían en su casa y la mantenían durante de un mes, dándole además 30 pesetas de sueldo.

La familia accedió y la «Cipota», durante su estancia en la casa, les echaba las cartas, averiguando, por las muchas sotas que salían, que Leona Airón (a) «Macera» y Pascuala Giménez eran las que lo tenían «embruado».

Después, la «Cipota» adornó un limón con varias cintas y, en presencia de un primo del enfermo, enterró el limón detrás de las tapias del cementerio; terminadas estas operación fueron llamadas la Leona y la Pascuala, que reconocieron el «brujerío». Ambas se comprometieron a quitárselo por 20 pesetas, una cabeza de carnero negro y dos livianos.

Con todas estas cosas hicieron una cena. Separaron los corazones, que echaron sobre unas ascuas, y, después de asados, les clavaron unos alfileres y los enterraron. Otro de los rituales, que llevaron a cabo en casa de Pascuala, consistió en colocar las ropas del enfermo como si estuviera de cuerpo presente, y celebraron el entierro con tres cirios encendidos, obligando al primo del enfermo a tener la vista fijada en las luces durante dos horas.

Estaban enfrascadas las «brujas» en este ceremonial cuando fueron sorprendidas por el alcalde, que sin preocuparse de nada llevó a todos a la cárcel.

La bruja de Velilla de Ebro

Desde hace siglos, el nombre de Velilla se extendió por todas partes asociado a la famosa leyenda de la campana del milagro, que llegó flotando sobre las aguas del Ebro, se colocó en la ermita de San Nicolás Bari y sonaba sola cuando sucedían acontecimientos importantes. Allí mismo, junto al santuario se halla el importante yacimiento arqueológico de la colonia de «Celsa», fundada en el año 44 a. C.

La leyenda y los restos arqueológicos revisten este lugar de misterio, realzado con poderes prodigiosos y sobrenaturales que se atribuyen a la campana. Se decía que cuando la campana tocaba por sí sola, nadie podía aproximarse a ella; un osado canónigo lo intentó y recibió una sacudida tan fuerte que durante mucho tiempo fue curado de la mano y del brazo con el que lo intentó.

Hasta hace pocos años, la nueva campana, refundida en 1841, se hacía repicar para «alejar las tormentas». En cuanto una tormenta amenazaba, el campanero subía a cualquier hora del día o de la noche y realizaba un repique continuo. Al sonido de las campanas le pusieron letra, que repetían acompañando a las campanas hasta que desaparecía la tormenta:

Tente, nube;
tente, no caigas.
Tente, nube;
tente, no caigas...

La lucha entre el «mal» y el «bien», representados en las figuras del «diablo» y el «ángel» del dance, nos introduce de nuevo en un contexto enigmático sustentado en arraigadas tradiciones.

Todo ello, especialmente las facultades propagadas por la campana, favoreció la manifestación de supersticiones y creencias entre la gente; incluso alguna persona pudo recibir el beneficio de tan asombrosos poderes. Es el caso de la historia que relatamos a continuación, con un funesto desenlace, y que ya recogimos en nuestros libros: *Brujas, demonios, encantarias, gigantes y seres mágicos de Aragón* y en *Leyendas misteriosas de Aragón*.

A mediados de abril de 1892 un trágico suceso alteró la calma de las gentes de esta sosegada población, asentada a la orilla del Ebro.

Habitaba en Velilla una mujer de 50 años, casada con Victorián Casahorrán Guallarte, con fama de «bruja» y «adivina», a la que la gente le atribuía poderes sobrenaturales. Según creencia generaliza, era capaz de provocar y curar enfermedades a su antojo, y hasta se permitía el lujo de conversar con seres que habían fallecido hacía más de un siglo.

Estas convicciones propias de la ignorancia y superstición, tan acentuada en aquella época, sirvieron de aderezo para desencadenar la tragedia. Un joven de 19 años, llamado Manuel Tello Puyoles, alistado aquel mismo año para cumplir el servicio de armas, supuso que la enfermedad que padecía su padre desde hacía tiempo, reteniéndole en la cama, se debía a un hechizo de esta mujer.

Tello se dirigió a la casa de la bruja para que quitase a su padre la enfermedad. Ella se negó y el muchacho, enfurecido, echó mano a un arma de fuego que llevaba consigo y disparó un tiro dejándola herida.

El joven, cada vez más obcecado en su idea, volvió a disparar, pero esta vez al marido. Después, salió corriendo en persecución de la hechicera, que había logrado huir arrojándose por una ventana. Tello no tardó en darle alcance en una calle próxima a la casa de la bruja y, completamente obcecado, sacó un puñal y le asestó dos puñaladas, de cuyas heridas fallecía poco después.

El hecho causó consternación en el pueblo y revelaba hasta qué punto la ignorancia e incultura podía ser móvil de horrendos crímenes.

El marido de la «bruja» quedó herido levemente en la mano derecha por el disparo del arma de fuego. Tello fue juzgado y condenado.

Moricas y encantarias

En Aragón abundan las moricas o princesas moras parientes de las «donas d'aigua» catalanas o de las moras murcianas; pero también hay encantarias y hasta un topónimo «La Melusa», en la actualidad finca perteneciente a la Confederación Hidrográfica del Ebro, dentro del municipio de Tamarite, que tiene relación con la famosa hada Melusina.

En la Ribagorza las hadas reciben el nombre de «encantarias». En el pasado fueron seres humanos que en virtud de alguna maldición adquirieron ese estado y, por tanto, pueden ser liberadas de su encantamiento. Desencantarlas no es nada fácil porque, a veces, están guardadas por alguna serpiente o dragón. En ocasiones la «encantaria» adopta forma de serpiente.

Una característica común de las hadas y «encantarias», según Callejo y Canales, es que «se ocupan en lavar madejas de lana cuyos hilos parecen ser de oro e hilan dichas madejas con una rueca de oro. Cuidan ganado, sobre todo toros y vacas, así como gallinas y pollos que, al menos, tejen un aspecto áureo. Les gusta bailar en corro, agarradas de la mano y dándose la espalda».

No se debe perturbar las danzas, el juego o el baño de estas hadas, aunque su reacción no siempre es la misma. Los humanos en caso de entrar en su mundo no debían participar en sus danzas ya que podían terminar siendo sus esclavos. A pesar de ello un arriero de casa Farré de Espés se las encontró en la noche de San Juan junto a la ermita de las Aras. Estaban bailando, sus danzas embelesaban, la música sobrecogía. Una de ellas le invitó a bailar. Al finalizar el baile y antes de desaparecer todo aquel mundo de magia y embrujo de sus ojos, la «encantaria» le reveló que era la reina de todas ellas. El arriero no olvidaría en su vida aquella noche.

Para poder verlas hay que acudir la noche de San Juan a determinados lugares. Esa noche las «encantarias» iban al río a hacer la colada, después la extendían y, mientras se secaba, iniciaban sus juegos y danzas.

En Alins de Isábena las «encantarias» extendían la ropa el día de San Juan en el castillo de Pegar. En Betesa y Pont de Suert dice que lo hacían encima de Erta y en Ribera de Denuy y Denuy, en la cima de la montaña de Denuy. En Abella extendían la colada a la orilla del Forat de la Portella, subiendo a las Aras. En Aneto comentan la leyenda sin localizarla exactamente.

Si alguien conseguía robar una de las piezas de la colada de las «encantarias» haría fortuna. Así ocurrió en Casa de Gaspar de Torre de Buira. En Obis había cuevas con

«encantarias» y una mujer de casa Micolau logró robarles una pieza. En Santorens un pastor de casa el Chic también pudo sustraer una sábana.

Las hadas aragonesas también reciben el nombre de «moricas» o princesas moras. La toponimia es abundante: «Torre de las Encantadas de Sabiñán», «Dolmen de la Losa Mora» y «Cueva de la Mora» de Rodellar, «Balsa Mora» de Plan, «Fuente de la Mora», «Castillo de la Mora»...

Estas moras habitan en ibones, barrancos, montañas, cuevas, dólmenes o viejos castillos. Las moras aragonesas son, sin duda, semejantes a las hadas de los países nórdicos, que en nuestro caso llevan más misterio y encantamiento aparejado.

Muchas de estas princesas moras también habían sufrido encantamientos. Otras se perdieron en los valles buscando al príncipe que quedó igualmente encantado, aunque con peor suerte, pues fue convertido en piedra. La noche de San Juan era el único momento en que podían verlas los mortales.

Algunas viven en balsas e ibones, al igual que las «dones d'aigua» catalanas. En el ibón de Estanés dicen que habita una de ellas, y otra en el ibón de Plan. A este ibón los chistavinos lo denominan «Basa de la Mora». La princesa sale antes del amanecer de esa noche mágica del solsticio de verano y realiza varias danzas por el lago, consistiendo su vestido en serpientes de múltiples colores y tonalidades. Para poder verla se debe tener el corazón limpio.

Rafael Andolz nos ha evocado bellas leyendas de las princesas moras. Según una leyenda de Mascún, una mora lloraba la muerte de su dueño, vagando por todo el valle con la losa apoyada en la cabeza. Deambulaba con su rueca bajo el brazo, hilando sin cesar, hasta que se encontró con los restos de su amor. Y allí depositó la losa, que sigue estando en la actualidad.

Chema Gutiérrez dice que el concepto mora en el legendario aragonés no se corresponde con el de «mujer musulmana», aunque pueda estar influenciado por él, sino que parece relacionarse con reminiscencias de antiguos cultos en honor a las diosas Diana o Artemisa o incluso prerromanos, referidos a la Gran madre y asociados a tributos como fertilidad, agua, tierra, sabiduría, vida, poder...

Gigantes y «omes grandizos»

La creencia en la existencia de seres gigantesos aparece ya en los pueblos primitivos. En nuestra tierra hasta los montes se convierten en gigantes o incluso en deidades, tal es el caso del Aneto, o dios Neitin.

Siempre ha existido un temor y admiración hacia esos gigantes y incluso en las fiestas aparecen los gigantes, que posiblemente no tengan mucho que ver con aquellos gigantes mitológicos. Una de las mejores zarzuelas se dedicó también a los gigantes («Gigantes y cabezudos»), y no olvidemos que Fermín Arrudi, conocido como el «gigante aragonés», era de Sallent de Gállego.

Comenzamos este recorrido con dos gigantes míticos del Alto Aragón, relacionados con el mundo pastoril, Silbán de Tella y Barajaraun.

Silbán de Tella habitaba en una escondida cueva y se dedicaba a robar ovejas. De gran estatura, su rostro era monstruoso. Pero como todos los gigantes tienen su corazón; Silbán acabó enamorándose de Marieta, una linda pastora.

La llevó a la cueva y allí le obligaba a peinar y despiojar sus largos cabellos. A cambio a la pastora no le faltaba de nada, pero ésta inventó una estratagema para huir. Una noche, mientras Marieta le peinaba, como ya era habitual, se quedaba dormido en su regazo. Entonces la pastora se apartó y dejó la cabeza del gigante apoyada en su delantal, encima de la piedra, y huyó.

Silbán al despertarse y ver que la pastora no le quería y había huido le llamaba:

– Marieta, Marieta,
torna a buscar la mandileta (delantal).

Pero Marieta no volvió y el gigante entró en una profunda depresión. Los pastores, entonces, le envenenaron la leche que bebía diariamente y murió en la cueva.

Silbán es el prototipo de hombre salvaje; su nombre nos recuerda al Silvano de la mitología clásica. En algunas fiestas también aparecen estos hombres salvajes. Podrían encuadrarse entre ellos las «trangas» belsetanas o el «carnaval» de Torla. En Benabarre desapareció una fiesta denominada de los salvajes, que aún se mantenía a comienzos de siglo.

En Tella, como homenaje a Silbán, aparece su historia contada en el museo y está reproducido, aunque en menor tamaño del que debía tener.

El Basajaraun se encuentra por los bosques de los Valles de Ansó y Hecho, y también ha llegado hasta el valle de Tena. Tiene un gran tamaño y una larga y enrevesada cabellera, una pierna es de humano y otra de oso. A veces puede actuar como protector de pastores y ganados. Aunque es temido, pues no se conocen muy bien sus reacciones.

El Basajaraun puede ser el espíritu de los bosques. En general es su protector y de los animales que en él habitan. Puede dedicarse a extraviar a los cazadores que se encuentra y no se le debe molestar, ya que puede reaccionar con violencia. En el País Vasco y Navarra

se le denomina Basajaun. No debemos confundirlo con los sátiros o faunos de los bosques, que nada tiene que ver con él.

Con la expresión «omes grandizo» se designa a los gigantes, aunque en la zona oriental se emplea más el de «gegant», «gigant» o «chigán».

Ramón J. Sender relata las leyendas del «Ome grandizo de la Bal d'Onsera». Lleva en el hombro un hacha de piedra y va acompañado de un oso.

El gigante del Turbón vive bajo este monte, en el Valle de Bardají, va cubierto de pelo y goza de gran corpulencia.

En otro apartado habría que incluir a los «hombres monstruos», puesto que no siempre pueden encuadrarse con los gigantes, ya que sus proporciones podían ser normales; tal es el caso de «el hombre choto de la Guarguera».

Existen también los que denominaríamos «gigantes monstruosos», tal como el «Polifemo de Graus», del que nos habló el folklorista catalán Joan Amades. Joaquín Costa también hizo referencia a él. Otros personajes similares son «el hombre lobo de Alcolea», descubierto por Ramón J. Sender, o «el hombre oso».

En Asturias a estos polifemos se les llama «pataricos», son antropófagos, tienen un sólo ojo y una gran capacidad olfativa. En Santander se llaman «ojáncanos» y en el País Vasco, «tartalos».

El Sacamantecas y otros seres pavorosos que asustan a los niños

Ahora los niños ya no se asustan con nada. Hace algún tiempo, cuando todavía Van Gaal entrenaba al F. C. Barcelona, la prensa publicó una viñeta en la que un padre decía a su hijo, que permanecía tumbado en la cama:

– Ya que no te asusta el hombre del saco, si te portas mal, ¡vendrá Van Gaal!

El niño, atemorizado, contestaba:

– ¡No!, ¡Van Gaal no!

Realmente, a quien asustaba Van Gaal era a los periodistas, pero resulta curioso que de los Países Bajos vengan ahora a asustarnos. En estas tierras todavía recuerdan la expresión: «¡Que viene el Duque de Alba!» (Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, fue general de Carlos V y de Felipe II [1508-1582]; tras guerrear contra los franceses e italianos fue enviado a Flandes como gobernador, instituyendo el famoso Tribunal de la Sangre, que

cometió toda clase de excesos). Estos abusos lo convirtieron en un personaje terrorífico para los niños. Un día, hablando de este personaje en una charla impartida en Cuarte de Huerva, una niña de unos diez años nos interrumpió, tratando de asentar unas bases que le parecían más lógicas:

– ¡Oiga!, ¿no sería la duquesa?

Efectivamente, el terror se puede manifestar de formas muy variadas. A los clásicos «Sacamantecas», «hombre del saco», «el Lobo», «Sachineros», «Sacaines», «Sacasaines» «Ensundiero», «Camuñas» o «Cocón», podríamos sumar otros seres comarcales o locales. En Orés tiene a un personaje particular, a «Guzpata».

Una nana del Moncayo, recopilada por Luis Miguel Bajén y Mario Gros, hace alusión a figuras amenazadoras como el «coco» o la «loba», los más famosos entre otros personajes fantásticos que los mayores usaban para asustar a los niños de esta comarca: «Camuñas», «la muerte», «Carraña», «el hombre del saco», «la zarrampaña», «la bruja», «el cipotero»...

Duérmete mi niño
que viene el coco
y se come a los niños
que duermen poco.

Duendes

En esta ocasión vamos a referirnos a los seres pequeños, cargados de magia y misterio, que habitan en bosques, casas o en cañutos. Son los duendes o «nemos».

Cuesta distinguirlos, aunque su «hábitat» y tareas cambian. Los duendes habitan en casas, realizan ruidos en las falsas y se dedican a hacer aparecer y desaparecer objetos o cambiarlos de lugar. A los «nemos», «menos» o menudos es más difícil catalogarlos.

Las personas supersticiosas creían que los duendes habitaban por las casas causando numerosos estropicios. Se colaban hasta en las antiguas imprentas. Claro que siempre era una buena excusa para que el impresor no reconociera su error.

Hay un componente lúdico en su conducta. Hay autores que consideran que los ruidos extraños, golpes, luces que se encienden y apagan en las sesiones espiritistas, corresponden a la actuación de estos duendes. Realmente, lo que les gusta es jugar y se comportan como si habitaran en casas encantadas. Muchos de sus juegos tienen como objetivo asustar y confundir a los humanos.

En las casas de algunos pueblos, los vecinos aseguran que han existido duendes. Estos duendes provocan ruidos extraños, cambian los objetos de lugar o hacen desaparecer cosas.

Ramón J. Sender menciona a los duendes enredadores que tienen un agrio sentido del humor y un gran apego por la familia con la que habitan. Los duendes de Zaidín tejían por las noches y provocaban muchos ruidos. Habitaban por varias casas y casi constituían una epidemia. Nuestro entrañable Rafael Andolz estudió el tema y en uno de sus artículos dice que los hechos sucedieron entre los años 1915 y 1919. Narra que la ropa subía al techo, quedando suspendida, y en un escalón aparecía un palo corto que golpeaba sin cesar. Si se tiraba aparecía otro.

El mismo Andolz nos habló del duende de la Torre Lucán de Huesca, que durante unos veinte días del año 1955 trastornó la vida de la casa y sus moradores: tiraba piedras a los que salían del corral, hacía que los zapatos se movieran solos, escondía y hacía aparecer la ropa, hizo caer una piedra sobre la mesa cuando estaban cenando, etc.

Se cuenta que en el bosque de El Betato en Piedrafita de Jaca también habitan duendes, muy temidos por los pastores, pues atraen a las ovejas y luego nunca más se sabe de ellas.

Pero el que hizo correr más chorros de tinta fue el «duende de Zaragoza». Un extraño fenómeno que conmocionó a la opinión pública española entre septiembre de 1934 y enero de 1935. Sonoras carcajadas, voces, conversaciones y otros ruidos extraños e inexplicables mantuvieron en vilo a la población zaragozana, sin que el suceso llegara a aclararse. Otro duende zaragozano cometió sus travesuras en el palacio de Huarte, la casona que actualmente ocupa el Archivo Histórico Provincial.

Dentro de la familia de los duendes domésticos, y no hablamos de «nomos», existen los «nemos» aragoneses (algunos autores los llaman «menos»), parientes de los «donyets» valencianos, los «martibicos» manchegos, los «follets» catalanes, los «xas» gallegos o los «trasgos» leoneses.

Gustavo Adolfo Bécquer en sus *Rimas y leyendas* menciona los «gnomos» del Moncayo, seres diabólicos que se insinúan con dulces palabras a las mozas. Son una mezcla de hombres y reptiles que guardan muchos tesoros. Esta es la descripción que el poeta realizaba de los gnomos en boca del tío Gregorio: «Los gnomos viven en las entrañas de los montes. Conocen sus caminos subterráneos y, eternos guardadores de los tesoros que encierran, velan día y noche junto a los veneros de los metales y las piedras preciosas... El palacio que habitan es horroroso y magnífico a la vez».

Según la leyenda del «gnomo», en una cueva del Somontano del Moncayo, junto a una fuente, habitaban espíritus malignos guardianes de muchas riquezas allí escondidas. Cuantas jóvenes iban a buscar agua a la fuente después del toque del Ave-María en el Santuario, eran atraídas por el «gnomo» y desaparecían para siempre.

Los diablillos o «diapllerons»

Los diablillos o «diapllerons» están ligados a un mago, brujo, hechicero o persona que se convierte en su amo. En Baleares se los denomina «dimonis boiets»; en Cataluña, «menairons»; «minairons», en Navarra; «maridilos», en Asturias, y «pautos» o «mengues» en Cantabria.

Algunos de ellos son bastante traviesos, otros pueden resultar hasta peligrosos. Normalmente nunca va uno sólo. Son varios y suelen vivir tranquilamente dentro de un cañuto. Si alguien lo abre, los diablos se apresuran a salir y sólo quieren realizar trabajos, estar en actividad permanente. En las comarcas orientales se los denomina «diapllerons». Su súplica al amo es permanente:

– Amo, ¿qué fem?, ¿qué fem?

Las actividades y trabajos que les ordenaba el amo los terminaban enseguida. Eran tan capaces de levantar un muro en una mañana como de segar la hierba de un prado en una tarde. Si llegaba un momento en que se quedaban sin faena, podían volverse violentos contra el propio amo.

Ángel Gari menciona en el proceso de Pedro Arruebo, en la segunda mitad del siglo XVII, a estos diablillos: «Y supuesto lo susodicho es dificultoso de entender del modo y manera que los magos y maléficos traen consigo, los que llaman familiares como este reo se preciaba de decir los tenía y, si es cierto, el poderlos tener encerrados en redomas o metidos en anillos, como se refiere ordinariamente, y de este se dice que los traía en un cañuto, porque, si no los pueden forzar, ¿cómo se compadece el tenerlos siempre metidos en anillos o redomas o cañuto, como se dice lo traía Pedro de Arruebo?».

El poseedor de los diablillos ha de pasarlos antes de morir a otro. Si la persona muere sin pasarlos a nadie pueden resultar peligrosos para el muerto. Y, para que los diablos no hicieran daño al muerto, había que colocar un trozo de tronco de roble en el ataúd.

Nadie los llegaba a ver. Algunos dicen que se asemejan a moscas, pero sin forma.

Debía ser un primor verlos trabajar porque el trigo iba cayendo al suelo y se recogía solo, y así con otros trabajos. Cuando alguien realiza mucho trabajo en poco tiempo aún se dice:

– ¿Que te han ayudado los diablillos?

En Torrelarribera se narra que el amo les mandó tirar piedras a un campo y de tantas que tiraron allí surgió el denominado Rocal de la Ribera.

En algunas poblaciones se narra la historia del segador, poseedor de un cañuto con diablillos, que era afirmado para trabajar en el campo, pasando todo el día durmiendo y luego, al atardecer, en un momento concluía la faena.

En caso de encontrarlos sueltos hay que buscarles un sitio donde puedan estar y si alguien tiene un cañuto o tubo debe intentar meterlos dentro y luego escapar.

El historiador irlandés Ian Gibson también hablaba de los «enanos bilbilitanos», haciendo referencia, sin duda, a un escrito de Baltasar Gracián, fechado el 21 de marzo de 1652, en el que dice que al abrir un cofrecillo en presencia de muchos, «saltaron encima un bufete muchas figuras bailando, y entre ellas tres frailecillos de tres religiones».

Sierpes

La serpiente siempre es un animal al que se la ha tenido cierto temor. En el sentir popular se tenía presente el pasaje bíblico del Génesis en el que el diablo se convertía en serpiente y ofrecía la manzana a Adán. Por otro lado, se le consideraba un animal repugnante, porque se arrastra por el suelo y su piel está húmeda. De todas formas, no debemos olvidar la cantidad de fórmulas utilizadas por los curanderos y en la medicina popular en las que se emplea la serpiente.

Si alguien no quería ser engañado, debía colocar la piel de una serpiente envuelta en un paño. Adivinaría hasta los trucos de magia.

En el tema de las culebras en Aragón hemos sido un poco exagerados. Según nos contaba un amigo de Tormos. Le dice uno de Lobarre a uno de Bolea:

– ¿Sabes que he visto una serpiente de ocho metros?

El de Bolea se lo queda mirando sorprendido y le dice:

– ¿D'ancho?

En los años ochenta cuando en los medios de comunicación se hacían eco del monstruo del lago Ness (Escocia), en tierras ribagorzanas surgió la serpiente monstruosa de los lagos de Estaña, situados junto al pueblo del mismo nombre, en el Montsec, en un paraje de gran belleza. Esta serpiente llegó a acaparar la atención de la prensa catalana. Incluso algún periódico leridano llegó a sacar reportajes dominicales de varias páginas. En Aragón escasamente se conoció su existencia. Hoy ya nadie habla de la serpiente de los lagos de Estaña.

En los últimos años, otra serpiente que también trajo cola fue la que vieron algunos vecinos cerca de la Puebla de Roda. Apareció por diversos medios de comunicación. Primero la vio un pastor y luego la vieron desde un vehículo todo terreno cruzando un camino, aunque al principio pensaron que era un tronco. Después nada más se supo de ella. Sólo quedó en serpiente de verano.

En el verano de 1859 circuló con insistencia y refiriendo hasta los más minuciosos detalles, la aparición de una terrible serpiente en los términos de Cariñena. Un hacendado que salió a visitar sus posesiones, al coger un racimo de uvas, se encontró con sus chispeantes ojos. Era gruesa como un muslo y con la cabeza como la de un cabrito. El sorprendido labrador echó a correr dando la noticia. Algunos vecinos salieron en persecución del monstruo, pero nadie pudo verlo.

Sin embargo, cerca de Cariñena, en Aguarón, sí que puede verse la «Peña Culebrera», citada por Alberto Serrano. Es una roca de grandes proporciones en la que, según se dice, de tarde en tarde se enrosca una culebra grandísima y gorda; es tan larga que a pesar de rodear el peñasco dando varias vueltas, le sobra cuerpo para estirarse y beber en una fuente que hay a unos doscientos metros.

También se hicieron invisibles otras serpientes que aparecieron en forma de noticia en los periódicos de mediados del siglo XIX, como ocurrió con la gran culebra de Monzalbarba o una descomunal del paseo de Ruiseñores de Zaragoza.

La serpiente de de Robres, de la que trató Manuel Benito Moliner, quedó encantada. Esta culebra vivía en la sierra de Alcubierre y algunos días se aparecía en las afueras del pueblo, al final de la calle Serrallo. Los sustos eran de aúpa, hasta que decidieron llamar al conde de Casa Garrero. Este conde era militar y salió de su casa montado, al igual que el condenado del Monte Oroel, portando un espejo y armado con una espada.

Cuando apareció el bicho le puso el espejo, al igual que Perseo a la Hidra, y ésta quedó hipnotizada. Entonces el conde le asestó un tajo en el cuello y allí terminó el temor a la terrible serpiente monegrina.

En Siresa existía una mora encantada, que podía convertirse en serpiente. Un día un pastor encontró un cáliz y se lo llevó. Enseguida fue perseguido por la mora que se transformó en serpiente. El pastor buscó refugio en el Monasterio de Siresa. La serpiente enfurecida marcó de un gran coletazo un banco de piedra, cuya huella aún se conserva, y desapareció. El cáliz, según la leyenda, pudo ser el mismo Santo Grial, que después pasaría a San Juan de la Peña y de allí a la catedral de Valencia, donde se conserva.

Fantasmas

Definir a los fantasmas es bastante complicado; realmente no se sabe si corresponden al mundo de los muertos o al de los vivos, o están a caballo entre ambos como ánimas vagando.

En Galicia toda una procesión fantasmal de ánimas deambula por los caminos durante la noche. Es la Santa Compañía. En Asturias a este cortejo se le denomina la Hueste o «Güestia». Sale de los cementerios o de las iglesias y se pasea por los caminos con cirios o huesos y es aviso de premonición de muerte para quien la ve.

Los lugares preferidos por los fantasmas son los castillos, los monasterios en ruinas y las casas antiguas.

Casi todos los castillos se precian de tener su fantasma; el de Loarre, el de Montearagón, el de Alquézar, el de Monzón, el de Peracense o el de Daroca.

Por el castillo de Loarre dicen que algunas noches anda vagando el fantasma de Doña Violante de Hungría. Tampoco debemos olvidar que varios cronistas, como el P. Mariana o el P. Huesca, sitúan en este lugar el aprisionamiento por los moros y posterior muerte del conde D. Julián, como venganza por el ultraje que el rey D. Rodrigo cometió con su hija Florinda. El conde D. Julián fue uno de los causantes, según la leyenda, de la entrada en España de los musulmanes.

En el de Montearagón, al parecer, hay varios fantasmas. Alguien dijo que se pueden oír las voces y cantos de los monjes que lo habitaron en determinadas noches.

En el de Alquézar el misterio es aún mayor, pues dicen que otro monje recorre la colegiata y hace sonar una campana. Su sonido puede anunciar algún mal suceso o la muerte de algún pecador. Es una campana misteriosa, al igual que la de Velilla de Ebro, que sonaba sola ante la proximidad de sucesos extraordinarios.

El fantasma de Alquézar, dicen en el lugar, corresponde a un anacoreta que habitaba en el Santuario de la Virgen de Lecina. Fue un hombre muy prudente y sobrio en sus costumbres, pero en su larga vida tuvo un pequeño desliz. Se le apareció una mora de

gran belleza y ante sus encantos sucumbió. Después el monje se arrepintió de su pecado y se sometió a una penitencia durísima hasta su muerte. Sin embargo, su alma en pena continúa vagando por la colegiata hasta que quede redimida.

En Alacón, según cuenta Lázaro Polo, una princesa llora, desde hace muchos años, entre los escombros del castillo y aterra con su llanto continuamente a los habitantes de dicha localidad.

En el castillo de La Fresneda vaga la sombra de un arquero y se escuchan los lamentos de la hija del alcaide, víctima de una flecha del arquero.

El bilbilitano Blas y Ubide define muy bien lo que el pueblo cree que es un fantasma. Uno de los detalles característicos del verdadero fantasma, es decir, del fantasma «pur sang», consiste en un farolillo que suelen llevar colocado en lo más alto de su figura, o como si dijéramos encima de la cabeza. Para los que opinan que los fantasmas son almas del otro mundo, este dato del farolillo es precioso, según este autor, pues serviría para convencerles de que hasta en el otro mundo hay faroleros.

Uno de estos fantasmas con farolillo apareció en un pueblo del campo de Borja. Una sombra blanca paseaba por las huertas y campos al anochecer. La tía Pelagatos advertía a todos los vecinos lo peligroso que era acudir por la noche a las afueras del pueblo. Los vecinos fueron comprobando como a uno le faltaban las peras, a otro las cebollas, a otro los tomates y así todos los días. Era extraño que deambulando un fantasma alguien tuviese el valor de salir a robar, a no ser que fuese el mismo fantasma. Reunidos los vecinos y el ayuntamiento decidieron ir a por él. Finalmente se descubrió que el fantasma era la tía Pelagatos. Todavía se recuerda a la «tía Pelagatos» en la comarca, donde se canta la siguiente copla:

A la tía Pelagatos
le he visto el culo.
Nunca he visto chimenea
que eche tanto humo.

Recientemente dio señales de «vida» en Alagón el «Fantasma de la Casa de Cultura», edificio que ocupa el antiguo Convento de los Jesuitas, junto a la iglesia de San Antonio. Allí se encuentra la tumba de D. Miguel Pollanos. Su muerte fue trágica; murió de un golpe en el cráneo y degollado. El cuerpo lo encontraron durante la restauración del edificio. Mantuvo relación con dos mujeres que quisieron apropiarse de sus riquezas. Su presencia se deja notar dando algún que otro portazo cuando el viento está en calma.

Bibliografía

- ADELL, José Antonio y GARCÍA, Celedonio (2001): *Brujas, demonios, encantarias y seres mágicos de Aragón*. Huesca: Pirineo.
— (2003): *Leyendas misteriosas de Aragón*. Huesca: Pirineo.
- ANDOLZ, Rafael (1987): *De pilmadores, curanderos y sanadores en el Altoaragón*: Zaragoza: Mira Editores.
- BAJÉN, Luis Miguel y GROS, Mario (1994): *La tradición oral en las Cinco Villas. Cinco Villas, Valdonsella y Alta Zaragoza*. Zaragoza: Diputación de Zaragoza.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio (1990): *Leyendas aragonesas*. León: Everest.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo (1948): *Desde mi celda*. Madrid: Cartas literarias. Afrodisio Aguado
— (1970): *Leyendas y narraciones*. Madrid: Libra.
- COLL, Pep (1994): *Viatge al Pirineu fantastic*. Lleida: Segre,
- BARRANCO ELFAU, Juan Cruz et al. (1998): *Historias de misterio del Bajo Aragón*. Teruel: CPR Alcañiz.
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan (1986): *Aragón Legendario I y II*, Zaragoza: Librería General.
- DUESO LASCORZ, Nieves Luzía (1985): *Leyendas de l'Alto Aragón*. Uesca: Publicacions d'o Consello d'a Fabla Aragonesa.
- ESPADA GINER, Carmen (1998): *La vieja Narbona. De la sombra del alba al resplandor de las hogueras*. Zaragoza: Certeza.
- FOX, Manuel (1906): «La hija del diablo o La noche de la bruja», en *Heraldo de Aragón*, 20 de febrero.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, Celedonio (1995): «Exorcización de endemoniados y el Cristo de Calatorao», en *Gaiteros de Aragón*, Otoño-Invierno, núm. 8.
- GARCÍA-ARISTA y RIVERA, Gregorio (1939): «Los Fayos. Una cueva mitológica, una ruta celtíbera y un monasterio del siglo X», en *Heraldo de Aragón*, 8 de octubre.
— (1929): «Fruta de mi tierra. Ni el diablo lo quiso», en *Heraldo de Aragón*, 28 de abril.
- GARCÍA DE LA ROSA, Ángel (1999): *El canto de la laguna*. Zaragoza: Mira Editores.
- GARCÍA RUIZ, Gerardo (1995): *Leyendas de Aragón*. Madrid: M.E. Editores
- GARI LACRUZ, Ángel (1991): *Brujería e inquisición en Aragón en la primera mitad del siglo XVII*. Zaragoza: D.G.A.
— (1979): «La brujería en el Alto Aragón en la primera mitad del siglo XVII», Zaragoza, en *Aragón turístico y monumental*, junio, núm. 314.
— (1993): «Los aquelarres en Aragón según los documentos y la tradición oral», en *Temas de Antropología Aragonesa*, Huesca, junio, núm. 4.